

## Rojos y maricones: experiencias de dos homosexuales españoles exiliados en México

---

---

Luis de Pablo Hammeken

*Universidad Nacional Autónoma de México*

Este ensayo analiza las experiencias de exilio de Adolfo Salazar y Miguel de Molina, dos hombres homosexuales que se vieron forzados a abandonar España para escapar de la violencia de la Guerra Civil (1936–39) y de la intolerancia del franquismo y buscar refugio en la ciudad de México con el fin de rehacer sus vidas y carreras profesionales, cada uno tomando caminos diferentes. El objetivo de este artículo es brindar un primer acercamiento a una dimensión de la vida de algunos refugiados españoles que hasta ahora ha sido escasamente estudiada, a saber: su identidad sexual. El artículo muestra que, como exiliados, la identidad sexual fue un elemento central a la hora de construir o reconstruir redes de sociabilidad en la sociedad receptora, un factor determinante para el éxito o fracaso de sus experiencias profesionales individuales.

**Palabras clave:** Adolfo Salazar, ciudad de México, españoles, homosexuales, Miguel de Molina, refugiados.

This essay examines the exile experiences of Adolfo Salazar and Miguel de Molina, two gay public figures who were forced to leave Spain to escape the violence of the Civil War (1936–39) and the intolerance of *franquismo*, seeking refuge in Mexico City in order to rebuild their lives and professional careers—each following a different path. The purpose of this article is to offer an understanding of a particular dimension of the experiences of Spanish refugees in Mexico that has received scarce attention to date, namely, their sexual identity. The article shows that, as refugees, their sexual identity was a central element in building or rebuilding their social networks in Mexico City and a key factor shaping their success or failure in their professional experiences.

*Mexican Studies/Estudios Mexicanos* Vol. 36, Issue 1-2, Winter/Summer 2020, pages 298–323. ISSN 0742-9797, electronic ISSN 1533-8320. ©2020 by The Regents of the University of California. All rights reserved. Please direct all requests for permission to photocopy or reproduce article content through the University of California Press's Reprints and Permissions web page, <https://www.ucpress.edu/journals/reprints-permissions>. DOI: <https://doi.org/10.1525/msem.2020.36.1-2.298>.

**Keywords:** Adolfo Salazar, gay men, Mexico City, Miguel de Molina, refugees, Spaniards.

El tema del exilio republicano español en México<sup>1</sup> se ha estudiado desde variadas temáticas y perspectivas de análisis. Existen trabajos cuantitativos y cualitativos, de historia política y diplomática, cultural y social, entre otros.<sup>2</sup> Si se considera el alto nivel de capacitación técnica e intelectual de algunos protagonistas de este suceso, así como su impacto en la comunidad académica y artística del país receptor, es natural que también se hayan interesado en el exilio quienes hacen historia intelectual e historia del arte. Incluso se han escrito algunos trabajos (aunque todavía pocos) que se aproximan al tema de los exiliados españoles en México desde una perspectiva de género. Sin embargo, no se han publicado estudios académicos centrados en las orientaciones sexuales de los hombres y las mujeres exiliados ni en las identidades derivadas de dichas orientaciones.

En este contexto cabe preguntarse por el sentido de escribir una historia del exilio republicano en México centrada en esta dimensión de la identidad sexual. La respuesta no es obvia. Se calcula que el número de personas que dejaron España y buscaron asilo en México a raíz de la Guerra Civil (1936–39) fue de 25,000.<sup>3</sup> De este número, de por sí pequeño, sólo una pequeña proporción (aunque imposible de determinar con exactitud) exhibía identidades sexuales diversas a la heterosexual. A pesar de ello, puede decirse de ellos lo mismo que se ha observado de la inmigración española en México en su conjunto: si su perfil cuantitativo fue magro, como contraparte tuvieron una inmensa relevancia e impacto, así como un lugar muy visible en diversos ámbitos de la vida pública mexicana.<sup>4</sup> Como muestra de lo anterior, cabe mencionar a personajes tan destacados en sus respectivos campos como el crítico musical Adolfo Salazar, los poetas Emilio Prados, Luis Cernuda y Juan Gil-Albert y el cantante y bailarín Miguel de Molina. Todos ellos eran homosexuales. Asimismo todos ellos

1. De acuerdo con una convención historiográfica, en este artículo uso los términos *exiliados* y *refugiados* de forma intercambiable para referirme a los hombres y mujeres, de cualquier edad, región de origen y condición social, que abandonaron España huyendo de la violencia de la Guerra Civil (1936–39) y de la represión del régimen franquista, para buscar asilo en México. No se trata de un grupo necesaria ni exclusivamente republicano, pero sí mayoritariamente afín a este bando.

2. Un buen muestrario de los trabajos sobre el exilio español en México se encuentra en Dolores Pla et al., *Extranjeros en México (1821–1990): una bibliografía* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993), 88–109.

3. Clara E. Lida, *Inmigración y exilio: reflexiones sobre el caso español* (México: Siglo XXI/El Colegio de México, 1997), 75–76.

4. Lida, 16.

habían escapado de la violencia de la Guerra Civil y de la intolerancia del franquismo para buscar refugio en México y retomar ahí sus vidas y sus carreras profesionales, algo que lograron con distintos grados de éxito. Cada uno experimentó el exilio de forma muy diferente.

Como ha señalado Alberto Mira, “no existe ningún rasgo común y permanente que una a los homosexuales, pero eso no significa que al mismo tiempo los homosexuales no sean, por las presiones de la historia, estudiables como grupo”.<sup>5</sup> Los españoles de orientación sexual diversa que nacieron y vivieron en la España del siglo XX, explica este autor, no tienen un carácter común, ningún rasgo que los haga semejantes entre sí, al menos no más de lo que se asemejan a otros personajes identificados como heterosexuales. Los personajes que analizo en este ensayo no tienen, en sí mismos, prácticamente nada en común, ni siquiera la forma en que expresaron su identidad sexual. Algunos eran “de mucha pluma”, esto es, trasgredían de forma abierta y constante las normas de género imperantes; otros se casaron con mujeres y negaron siempre (con sinceridad o sin ella) tener deseos y prácticas distintos a los puramente heterosexuales.

Sin embargo, a todos se les situó en la misma categoría homogeneizadora (la de “maricones”),<sup>6</sup> todos debieron sufrir las consecuencias del *habitus* homofóbico –que, después del triunfo del franquismo, se convirtió en ley<sup>7</sup>– y todos debieron adoptar estrategias de resistencia y supervivencia, las cuales variaron enormemente de acuerdo con la personalidad y las circunstancias de cada uno. La gran decisión de emprender el camino del exilio, y muchas de las pequeñas decisiones que la nutrieron y se articularon con ella, formaron parte de dichas estrategias. Por un lado, la identidad sexual también fue un elemento central a la hora de construir (o reconstruir) redes de sociabilidad en la sociedad receptora, factor determinante del éxito o fracaso de cualquier experiencia de exilio.<sup>8</sup> Por otro

5. Alberto Mira, *De Sodoma a Chueca: una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX*, 2ª edición (Madrid: Egales, 2004), 19.

6. Empleo la palabra *maricón* por ser la de uso más común en la circunstancia histórica a la que me refiero. Como ha señalado William Holcombe, la palabra que empleaba Carlos Monsiváis para designar expresiones femeninas en varones homosexuales es *queer*. Véase William Daniel Holcombe, “Lo queer de Carlos Monsiváis: *slumming* en el ambiente”, *Estudios Mexicanos/Mexican Studies* 33, n.º 2 (2017): 272–95.

7. Aunque aquí uso la palabra *ley* en su sentido amplio, cabe señalar la Ley de Vagos y Maleantes, que, después de la reforma de 1954, condenaba explícitamente a los homosexuales por el simple hecho de serlo y les imponía penas que incluían internamientos en “campos de trabajo” o “colonias agrícolas”.

8. El historiador francés Maurice Aulhon ha señalado que “sociabilidad” es un concepto de gran utilidad para el análisis histórico (él mismo lo usó como un modelo

lado, es indudable que, así como las condiciones prevalecientes en México moldearon las experiencias de los refugiados españoles, éstos también tuvieron un impacto en la sociedad que los recibió, específicamente en la forma en que ésta lidiaba con las identidades sexuales distintas a la heterosexual.

En este sentido, como en otros artículos de este número, abordó la sexualidad desde una perspectiva amplia que no abarca únicamente su dimensión física sino principalmente la percepción que los actores históricos tenían de las relaciones sexuales, así como de sus propias identidades, experiencias y deseos, y las de los demás. Dichas percepciones son históricamente específicas y contingentes y forman parte de discursos y mentalidades complejas que coexistían en el espacio de la ciudad de México. Mi planteamiento por tanto no consiste en estudiar la homosexualidad como una característica esencial ni psicológica del individuo sino como una contingencia histórica. No se trata de una “una manera de ser” –como sugería Gil-Albert<sup>9</sup> sino, más bien, de una manera de *ser visto* y de relacionarse con los demás. El objetivo de este trabajo no es, pues, hurgar en la intimidad de ninguno de los exiliados españoles en México para descubrir los secretos de su vida sexual. Mi intención es considerar la identidad sexual de estos personajes como una condición cultural y, en esa medida, social e incluso política –una condición que, inevitablemente, moldeó las experiencias personales y profesionales de todos ellos y que fue determinante en su decisión de abandonar España y en su elección de otro lugar donde construir una nueva vida–.<sup>10</sup>

---

de análisis de la politización en la Francia del siglo XIX), pero cuya definición teórica es imprecisa. Maurice Auglhon, *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810–1840* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009). Para efectos de este trabajo, emplearé el concepto sociabilidad como el conjunto de espacios formales o informales, pero concretos, donde varios individuos pueden tener interacciones sociales y entablar relaciones amistosas, profesionales, intelectuales, lúdicas, románticas o sexuales. La importancia de las redes de sociabilidad en las experiencias de exilio ha sido explorada, entre otros autores, por Ricardo Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934–1940* (Buenos Aires: Libros en red, 2003); y Sebastián Rivera Mir, *Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920–1934: prácticas políticas, redes y conspiraciones* (México: El Colegio de México-SRE, 2018).

9. Juan Gil-Albert, *Heraclés: sobre una manera de ser* (Madrid: Akal, [1975] 1987).

10. Empleo la frase *identidad sexual* como la entiende Jeffrey Weeks. Para este autor, el concepto tiende un puente entre lo público y lo privado. Se refiere al sentido que un sujeto tiene de sí mismo (*self*), pero también a su relación con otros y a su pertenencia a comunidades sexuales y a mundos sociales. “Es un término que habla de nuestro ser individual, de nuestras relaciones colectivas con otros y de la forma en que

Para ello, en las páginas que siguen, esbozo algunas ideas en torno a la vida de dos de estos personajes: el crítico musical Salazar (1890–1958) y el cantante y bailarín popular De Molina (1908–93). Planteo que sus trayectorias vitales, tan disímiles entre sí, ilustran las posibilidades reflexivas –y, sobre todo, los problemas– que surgen de incorporar la dimensión de la identidad sexual al análisis del exilio español.<sup>11</sup> Con este objetivo, en este artículo sigo los pasos de ambos personajes a los largo de tres etapas: Primero, analizo las condiciones de su vida en España, antes del estallido de la Guerra Civil, en 1936. A continuación, describo sus experiencias durante el conflicto bélico y las circunstancias que los llevaron a buscar asilo en México (en el caso de Salazar, en 1939, y en el de De Molina, en 1945). Por último, discuto las experiencias de uno y otro durante el periodo en que vivieron en la ciudad de México, poniendo especial atención en las redes de sociabilidad que cada uno construyó (o intentó construir) en la sociedad receptora.

Considero que el análisis de las experiencias de estos dos personajes no sólo arroja luz sobre una faceta poco estudiada de la historia del exilio español sino que también da cuenta tanto de las posibilidades como los de límites de la expresión de la disidencia sexual en el México posrevolucionario.

### República y homosexualidad

Adolfo Salazar y Roiz de Palacios fue, entre otras cosas, compositor, poeta, musicólogo autodidacta, historiador del arte, promotor de la cultura, docente, amigo y consejero de algunos de los más grandes artistas e intelectuales de su época y, sin lugar a dudas, el crítico musical de habla hispana más influyente del siglo Xx. Publicó más de cuarenta libros y centenares de artículos y columnas periodísticas, por no mencionar sus composiciones musicales y poéticas. Gracias a las críticas que escribió y a las conferencias que dictó, varias generaciones pudieron conocer, comprender y apreciar la obra de Debussy, Ravel, Stravinski y De Falla. Dotado de una sensibilidad estética que

---

las sociedades regulan la sexualidad y permiten (o tratan de prohibir) que las diferencias sexuales florezcan. Las identidades sexuales nos hablan de poder y resistencia, de control y agencia” (mi traducción). Jeffrey Weeks, *Languages of Sexuality* (Londres: Routledge, 2011), 186–88.

11. El caso de Adolfo Salazar resulta de particular interés ya que, como señalo más adelante, cuando tomó la decisión de instalarse en México a fines de 1938, ningún otro homosexual de su círculo social, hasta donde la evidencia disponible permite revelar, lo había hecho antes, por lo que es musicólogo fue una suerte de pionero de ese éxodo.

bien puede calificarse como revolucionaria, Salazar contribuyó en no poca medida a la modernización de la música española y a su difusión internacional. Todos estos aspectos han sido estudiados a profundidad por varios biógrafos y musicólogos,<sup>12</sup> los cuales, empero, han guardado silencio sobre un aspecto central en la vida de Salazar, esto es, su homosexualidad.

Este silencio se debe, en primer lugar, a la dificultad para encontrar fuentes que arrojen luz sobre este aspecto de su vida. Como señala Consuelo Carredano en la introducción al *Epistolario* de Salazar, las 741 cartas ahí reunidas revelan “datos interesantes de su vida profesional y personal (*que no íntima*)”.<sup>13</sup> Efectivamente, en el voluminoso corpus epistolar no se encuentra una sola mención directa a las relaciones románticas o sexuales del personaje. A manera de explicación, Carredano plantea la hipótesis de una autocensura de Salazar, es decir, que él mismo hubiera eliminado en algún momento los documentos que consideró privados. “Este argumento –dice la autora– se refuerza con una lectura atenta de las cartas del Fondo Adolfo Salazar, en las que, sin excepción, se alude sólo a asuntos profesionales”.<sup>14</sup>

La única carta que se conserva en el acervo documental del musicólogo en la que se hace referencia explícita a la identidad sexual de éste fue escrita por su amigo Rafael Martínez Nadal y fechada en Madrid el 30 de septiembre de 1930. En ella, Martínez Nadal le reclama a Salazar lo que él considera un excesivo celo por mantener su intimidad oculta a la mirada pública: “Sabes tú mirar con diecinueve ojos y te sobra talento para alternar la absurda etiqueta de la vida oficial con nuestra vida íntima de risa y llanto”.<sup>15</sup> Estas líneas revelan una característica central de la personalidad de Salazar: una discreción casi absoluta en todos los asuntos relacionados con su vida sexual. Quizá esta actitud estuviera motivada por la prudencia,

12. Entre los trabajos más relevantes dedicados a la vida y obra de Salazar están Jesús Bal y Gay, “Adolfo Salazar”, sobretiro de *Papeles de Son Armands* 36 (marzo de 1959): 295–302; Consuelo Carredano, “Adolfo Salazar y La Casa de España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, coord. por James Valender y Gabriel Rojo (México: El Colegio de México, 2010), 291–308; Emilio Casares, “En torno a Salazar”, en Valender y Rojo, 283–89; Antonio Gallego, “Adolfo Salazar, crítico musical y compositor”, *Monografías de la Orquesta y Coro de la Comunidad de Madrid (ORCAM)* 10, [http://www.orcam.org/media/docs/10\\_adolfo\\_salazar.pdf](http://www.orcam.org/media/docs/10_adolfo_salazar.pdf).

13. Consuelo Carredano, comp., *Adolfo Salazar: epistolario* (Madrid: Residencia de Estudiantes/Fundación Scherzo/Instituto Nacional de Artes Escénicas y de la Música, 2004), xii. En adelante, me referiré a esta obra como *Epistolario*. Las cursivas son mías.

14. *Epistolario*, xli–xlii.

15. *Epistolario*, 252.

quizá por la sospecha de que el clima de tolerancia (o al menos de no persecución) hacia la diversidad sexual que existía en la Segunda República no iba a durar para siempre, quizá por un simple sentido del pudor. Aunque Salazar fue un hombre de gran coherencia e integridad intelectual, su naturaleza pacífica lo hizo evitar siempre la provocación y el conflicto innecesario. El hecho es que, a lo largo de su vida, y a diferencia de muchos de sus contemporáneos, siempre se esforzó por mantener su sexualidad fuera del alcance de la mirada pública. Por ello, es muy plausible la hipótesis de Carredano según la cual él mismo se habría encargado de borrar de su archivo personal cualquier evidencia de su vida sexual.

Esto supone una seria complicación para quien intente hacer un análisis de la vida y obra de Salazar que incorpore la dimensión de su identidad sexual. Además, el carácter “impersonal” de los textos de historia y crítica musical de Salazar hace que sea prácticamente imposible encontrar en ellos indicios de su identidad sexual, a diferencia de lo que ocurre con personajes como Federico García Lorca, Cernuda y otros autores homosexuales, cuya obra poética es leída e interpretada, casi inevitablemente, en función de sus deseos y experiencias eróticas.<sup>16</sup> Por si fuera poco, Salazar nunca escribió sus memorias ni ningún texto de carácter autobiográfico en el que abordara, explícita o implícitamente, el tema de su homosexualidad (a diferencia de De Molina, quien escribió una autobiografía rica en anécdotas y reflexiones en torno a su vida sexual).<sup>17</sup>

Todo esto representa un obstáculo para el historiador. No obstante, si no podemos emplear como fuente lo que el propio Salazar dijo o escribió sobre el asunto, disponemos de lo que quienes lo conocieron personalmente y quienes han estudiado su vida y obra, han dicho al respecto. Por ejemplo, Ian Gibson, en su célebre biografía de Lorca, afirma que Salazar no sólo era homosexual sino que, a diferencia del poeta granadino, “se le veía el plumero”.<sup>18</sup> El significado de esta expresión, en este contexto, es bastante claro: se refiere a las maneras delicadas y “femeninas” del musicólogo, a su obstinación en no casarse ni hacer vida de pareja con otra mujer que

16. El propio Luis Cernuda insistía en la importancia de la relación entre experiencia vital y obra. En la edición de 1958 de su libro *La realidad y el deseo* incluyó un texto introductorio en el que narra su “acontecer personal”. Y es que, según Cernuda, las claves para la comprensión cabal de su obra poética estaban en aspectos como sus viajes, sus lecturas y, por supuesto, su trayectoria emocional. Luis Cernuda, “Historial de un libro”, en *La realidad y el deseo* (Madrid: Akal, 1991), 409–20.

17. Miguel de Molina, *Botín de guerra: autobiografía* (Barcelona: Planeta, 1998).

18. Ian Gibson, *Federico García Lorca* (Barcelona: Crítica, 2011), 754.

no fuera su madre, a las formas desusadamente tiernas y cariñosas con las que trataba a sus amigos varones (a Lorca lo llamaba, en sus cartas, “Federiquín querido” y a Ernesto Halffter “Tinejo” y “Osito”). En fin, su actitud trasgredía de modo constante –aunque no necesariamente deliberado– el ideal de masculinidad de la sociedad en que vivía.

De cualquier forma, es claro que en los años previos a la Guerra Civil, Salazar pertenecía a una red de sociabilidad (o, mejor dicho, de complicidad) basada en el sentimiento común de disidencia sexual. Los integrantes de esta red –la mayoría de ellos artistas o intelectuales, muchos simpatizantes o miembros de asociaciones de izquierdas, todos varones y todos homosexuales– compartían hábitos y costumbres, códigos y palabras en clave (como “epéntico”, término inventado por Lorca para designar al hombre homosexual).<sup>19</sup> Como ha explicado Mira, quienes vivían dentro de este “armario compartido” formaban un entorno en el que podían hablar con libertad de su identidad sexual e incluso apoyarse mutuamente, tanto en momentos de crisis como a la hora de conseguir amantes.<sup>20</sup>

Un personaje que, pese a sus evidentes diferencias con Salazar, también se movía en este “armario compartido” era el cantante y bailarín folclórico De Molina. Miguel Frías Molina (su verdadero nombre) nació en Málaga el 10 de abril de 1908, en el seno de una familia de muy escasos recursos. Según su autobiografía, desde muy joven fue consciente de sus “inclinaciones sexuales”. En 1931, el mismo año del establecimiento de la Segunda República, “la Miguela”, como era conocido en el ambiente nocturno de Andalucía, se trasladó a Madrid. Ahí conoció a una bailarina pseudo-flamenca llamada Soledad Miralles, quien le propuso fuera su pareja en un número de canto y baile, a lo que el malagueño accedió encantado.<sup>21</sup> Entonces ocurrió algo central para su carrera: diseñó su primera blusa de fantasía, con lo cual lanzó un inaudito desafío no sólo a la tradición flamenca sino a las normas de género de la sociedad española (por lo demás, no muy distintas, en términos generales, de las que imperaban en el resto del mundo occidental). “Mi propósito –afirma en su autobiografía– no era vestirme de mujer, pero sí con una pizca de aire femenino”. Sobre su famosa prenda, dice lo siguiente:

La hice de seda georgette, color verde Nilo y le apliqué unos grandes lunares de terciopelo verde oscuro, rodeados de pedrería. Las mangas eran de gran

19. Ian Gibson, *Lorca y el mundo gay* (Barcelona: Ediciones B, 2016), 419–35.

20. Mira, *De Sodoma a Chueca*, 236–40.

21. De Molina, *Botín de guerra*, 78.



amplitud y recuerdo que tenían un ancho de dos metros cada una, por lo que, movidas con gran despliegue de brazos, conseguían un gran efecto teatral. [...] Y por si todo aquello fuera poco, me puse al cuello, enrollado como un pañuelo, un mantoncillo bordado. ¡Estaba de dulce!<sup>22</sup>

Por esa misma época, en los años veinte y treinta, estuvieron de moda en Madrid y Barcelona los llamados “imitadores de estrellas”, quienes vestidos y maquillados de mujer, interpretaban coplas y cuplés como “Ojos verdes” o “La bien pagá”, popularizados por divas como Concha Piquer o Imperio Argentina. “Yo quería demostrar – recordaría más tarde De Molina– que un hombre podía cantar cuplés flamencos sin imitar a nadie y sin vestirse de mujer”.<sup>23</sup> De Molina cantó sin vestirse de mujer, es cierto, pero tampoco como se suponía que debía vestirse un cantaor varón.

Como era de esperarse, estas trasgresiones a las normas de género escandalizaron a muchos. Pero también fascinaron a otros tantos. La popularidad de quien ya se hacía llamar “Miguel de Molina” empezó a crecer como la espuma. Aunque su voz no era excepcional y tampoco era un bailarín “virtuoso”, su estilo único para interpretar las coplas lo convirtió en una celebridad. En los siguientes años se presentó, solo o acompañado, en teatros y *music balls* de toda España, protagonizó una película en Granada, e incluso participó en una producción del ballet *El amor brujo* en Barcelona, dirigido por el mismísimo Manuel de Falla.

El éxito de un personaje como De Molina en los años previos a la Guerra Civil sólo fue posible gracias a la peculiar circunstancia política en la que ocurrió. En efecto, la Segunda República Española se caracterizó por una excepcional tolerancia a la diversidad sexual, lo cual, a su vez, favoreció la participación destacada de hombres notoriamente homosexuales en distintas instituciones republicanas, especialmente después del triunfo del Frente Popular. Salazar, por ejemplo, participó en la Primera Junta Nacional de Música desde 1931 y, en 1936, fue nombrado delegado del Teatro de la Ópera y el Conservatorio. Mira se muestra escéptico ante la relación directa entre homosexualidad e izquierdas, pero incluso él reconoce que “los homosexuales tendieron a preferir la homofobia liberal republicana, más suave, frente al carpetovetónico catolicismo sexófobo”.<sup>24</sup> En cualquier caso, como se hizo evidente pronto, la elección no dependía de ellos.

22. De Molina, 79.

23. De Molina, 79.

24. De Molina, 206.

## La guerra y el exilio

El despertar del sueño ocurrió el 17 de julio de 1936, cuando se difundió en Madrid la noticia de que una parte importante del ejército se había sublevado en Melilla con el fin de derrocar al gobierno republicano. Al día siguiente, la insurrección empezó a extenderse por la península. Sin embargo, para los personajes aquí estudiados, la verdadera magnitud de la catástrofe que se cernía sobre ellos debió quedar clara apenas un mes más tarde, cuando se enteraron de que, durante la noche del 17 al 18 de agosto, en un camino rural de la provincia de Granada, había sido fusilado Lorca.

Aunque la razón oficial que se dio para la ejecución del poeta fue la sospecha de que éste era “espía de los rusos”, había un móvil más poderoso para el crimen, que quedó de manifiesto en las palabras de uno de los asesinos, Juan Luis Trescastro: “Acabamos de matar a Federico García Lorca”, se jactaba la mañana de su asesinato. “Yo le metí dos tiros en el culo por maricón”.<sup>25</sup>

En el imaginario franquista, “cobarde”, “rojo” y “maricón” eran epítetos que se combinaban de forma casi aleatoria para describir a los varones del bando enemigo que se atrevían a desafiar el ideal de masculinidad tradicional.<sup>26</sup> Su identidad sexual los colocó en la categoría de “abyectos”.<sup>27</sup> No es difícil imaginar que Salazar, De Molina y otros “epénticos” temieran por sus vidas. Cabe preguntarse si el peligro se derivaba más de sus posturas políticas –que solían ser más o menos de izquierda– o de su identidad sexual. Aunque sin duda cada caso tuvo sus particularidades, yo me inclino a pensar que, en general, fue lo segundo lo que determinó la suerte de estos personajes –es decir, que fueron perseguidos no tanto por “rojos” sino por “maricones”, especialmente cuando este último término se imponía como característica central de su identidad pública–.

Tal era el caso de De Molina, quien se consideraba a sí mismo un moderado en cuestiones de política. “No era un fanático”, escribió en sus memorias. “Nunca me había atraído la política ni pertencí

25. Gibson, *Federico García Lorca*, 1144.

26. En la mentalidad que subyacía al franquismo, el discurso religioso, que condenaba cualquier práctica sexual que no estuviera encaminada a la reproducción, se vio reforzado por un discurso médico que consideraba la “pederastía” y el afeminamiento de los varones como síntomas de una peligrosa enfermedad endócrina y, finalmente, por un discurso político que asociaba “la mariconería” con la debilidad y le atribuía, al menos parcialmente, la decadencia de España. Véase Mira, *De Sodoma a Chueca*, 38–62.

27. Sobre este término, véase el artículo de José Ignacio Lanzagorta, publicado en este mismo número.

a partido político alguno, y además me parecía repugnante cómo se desmandaban las pasiones en uno y otro lado y parecía que la vida de la gente no tenía valor”.<sup>28</sup> Aunque es cierto que había cantado y bailado para entretener a las tropas republicanas, también lo es que, cuando el ejército franquista entró triunfante en Valencia, él los recibió con el tristemente célebre saludo fascista. Pensó que su postura políticamente neutral le brindaría cierta seguridad. Los acontecimientos demostrarían que estaba equivocado.

Quizá más consciente o mejor informado que el cantante malagueño, Salazar vio en el asesinato de Lorca una amenaza directa contra su vida. “Una de las razones por las cuales decidí salir de [España] fue para escapar a las acechanzas de los miserables que hubieran dado buena cuenta de mí si no me hubiese puesto a salvo”, escribió más tarde.<sup>29</sup> Y, como ha señalado Carredano, no le faltaban razones para ello:

Todos lo identificaban con las izquierdas liberales y, en cierto modo, anticlericales. Si bien no participó activamente en política, había ocupado en 1931 un polémico cargo en la Primera Junta Nacional de Música de la República, experiencia que le había reportado demasiados sinsabores y no pocas enemistades con gente de derechas y de izquierdas. A esto habría que agregar una tardía designación en el gobierno de Manuel Azaña como delegado del Teatro de la Ópera y del Conservatorio.<sup>30</sup>

En este recuento, Carredano no menciona la que fue, quizá, la razón más importante que ponía a Salazar en peligro de muerte en aquellos oscuros días de 1936. Y es que, como Lorca, Salazar era un “maricón”, al cual, por añadidura, “se le veía el plumero”. Esta característica, central en la identidad pública del crítico, resultaba sin duda más ofensiva para las autoridades franquistas que sus ideas políticas, que difícilmente podrían calificarse de radicales. “No quiero decir que sea indiferente a la marcha política del mundo –decía– pero de la esfera elevada y serena de las ideas a la lucha por la imposición de determinados ideales hay una larga distancia, que yo, abstraído en otro orden de ideas intelectuales, no he franqueado nunca”.<sup>31</sup> Como él mismo reconocería, tenía –o creía tener– más amigos en el nuevo régimen (el franquista) que en el antiguo (el republicano).<sup>32</sup> Sin

28. De Molina, *Botín de guerra*, 119.

29. *Epistolario*, 402.

30. Carredano, “Adolfo Salazar y La Casa”, 296–97.

31. Citado en Emilio Casares, “En torno a Salazar”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, coord. por James Valender y Gabriel Rojo (México: El Colegio de México, 2010), 284.

32. Carta de Adolfo Salazar a Alicia y Ernesto Halffter, 1 de abril de 1939, ciudad de México, en *Epistolario*, 402.

embargo, como había quedado demostrado con el asesinato del poeta granadino, el autodenominado “Bando Nacional” no estaba dispuesto a tolerar ninguna trasgresión contra la rígida moral sexual de la España tradicional a la que representaba.

En efecto, con el triunfo del franquismo las cabezas visibles de toda una generación de homosexuales españoles fueron, de una u otra forma, aniquiladas, anuladas o silenciadas por el nuevo régimen.<sup>33</sup> No es de extrañar que ya desde antes, frente al triunfo cada vez más factible de los nacionales, muchos políticos, artistas e intelectuales identificados como “maricones” emprendieran el camino del exilio, una opción que se fue volviendo más complicada a medida que Europa se sumergía en el remolino de la Segunda Guerra Mundial. Así, Martínez Nadal y Cernuda encontrarían refugio en Gran Bretaña, Pedro de Répide en Venezuela y Melchor Almagro Sanmartín en Argentina. La red de sociabilidad que todos ellos compartían quedó totalmente desarticulada. El cómodo “armario compartido” del que habla Mira fue destrozado por las bayonetas de los franquistas.

Al comprender la amenaza que se cernía sobre él en Madrid, Salazar hizo cuanto pudo por desaparecer de la mirada pública: dejó de escribir sus célebres columnas para *El Sol* y, poco después, se esfumó de la ciudad. Una carta dirigida a Cernuda lo sitúa en Valencia en marzo de 1937.<sup>34</sup> En dicha misiva se percibe aún una vaga esperanza en la mejora de la situación política de España y en la posibilidad de que, en un futuro cercano, pudiera volver a la capital. No fue así. Al igual que muchos otros intelectuales republicanos, tuvo que dirigirse a Barcelona para luego cruzar la frontera con Francia y, desde ahí, embarcarse rumbo a América.

El 1 de octubre de 1937, Salazar desembarcó en el puerto de La Habana. Sabía que su estancia en el América sería prolongada, pero ignoraba enteramente dónde y en qué condiciones pasaría el resto de su vida. Esta incertidumbre se expresa en las cartas que, desde Cuba, dirigió al escritor Alfonso Reyes y al compositor Carlos Chávez, rogándoles que hicieran lo posible por ayudarlo a establecerse en la ciudad de México. La intervención de estos dos personajes no dio frutos tan

33. Por mencionar algunos ejemplos, el escritor Antonio de Hoyos y Vinent (1884–1940) murió en la cárcel. Otro narrador, Álvaro Retana (1890–1970), fue condenado a muerte por las autoridades franquistas y sólo la intervención del Papa hizo que le conmutaran la pena por una de prisión. El ilustrador y figurinista Pepito Zamora (1889–1971) pasó la Guerra Civil en París, pero, tras la ocupación alemana de Francia, quiso volver a España y tuvo que pasar el resto de su vida en una suerte de exilio interior en Sitges.

34. *Epistolario*, 305.

rápido como Salazar esperaba pero, con el tiempo, le abriría la posibilidad de incorporarse a La Casa de España en México, lo cual resultaría determinante en la vida del crítico.<sup>35</sup>

Después de impartir sendos cursillos sobre música contemporánea en Cuba y Puerto Rico, Salazar se trasladó a Vermont para dictar una serie de conferencias sobre música española en la prestigiosa Spanish School del Middlebury College. Fue durante su estancia en esa localidad cuando Salazar recibió dos documentos que serían decisivos para su destino. El primero, y el más relevante, fue la invitación oficial que el gobierno de Lázaro Cárdenas le hacía, por conducto de la Embajada mexicana en Washington, para establecerse en México y colaborar con las instituciones docentes de ese país.<sup>36</sup>

El segundo documento, cuya importancia es menos evidente, fue un número de *España Republicana*, un pequeño periódico que la comunidad de españoles leales al gobierno republicano editaba en Buenos Aires. Si se quiere comprender la relevancia de este ejemplar, hay que tomar en cuenta que, para ese momento, Salazar todavía acariciaba la posibilidad de establecerse definitivamente en Argentina y le interesaba cualquier indicio sobre cómo podría ser recibido en ese país. El ejemplar en cuestión, que Salazar copió en una carta dirigida al poeta Pedro Salinas,<sup>37</sup> contenía una airada crítica contra el diario argentino *La Nación* por su clara simpatía con el franquismo. La diatriba se dirigía especialmente a los inmigrantes españoles que residían en Buenos Aires y colaboraban con el periódico conservador. Sobre todo, llamó la atención de Salazar lo que esta publicación decía sobre Almagro Sanmartín, escritor granadino de posición política moderada y conocida homosexualidad, que, según denunciaba el periódico, “escribía en *La Nación* novelas de miedo a costa de la República”. Y continuaba:

Como se ve, este señor resulta un poco caro al diario de la pizarra de la calle Florida. Que lo digan, si no, los ordenanzas de aquel diario que terminaron por no querer acercarse a ese sujeto cuando se hallaba solo. Porque parece que Almagro Sanmartín es de aficiones demasiado amplias

35. El proceso mediante el cual se eligió a Salazar como uno de los intelectuales españoles que sería invitado a México para unirse al gran proyecto cultural que dirigían Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas está bien documentado en Carredano, “Adolfo Salazar y La Casa”.

36. No se conserva la invitación oficial, pero sí una carta de Eduardo Villaseñor, subsecretario de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y encargado de gestionar el traslado del primer grupo de intelectuales españoles exiliados, donde le comunica la noticia.

37. Carta de Adolfo Salazar a Pedro Salinas, 16 de agosto de 1938, Middlebury, VT, en *Epistolario*, 349–52.

y siente irresistible atracción por los ordenanzas si les acompaña el físico. Por los ordenanzas y por los jóvenes condes y marqueses no demasiado ajados [...] <sup>38</sup>

En este punto de su carta, Salazar, a todas luces disgustado por el tono homofóbico empleado por el columnista, interrumpe la cita. “Entramos en la escatología –dice– y en el dominio de Giménez Caballero. Lo dejaremos”.<sup>39</sup> Probablemente lo que leyó en *España Republicana* contribuyó de forma crucial a disuadirlo de establecerse en Buenos Aires, donde la comunidad española daba claras muestras de intolerancia a la diversidad sexual. De haber fijado su residencia en la capital argentina, como se lo había sugerido, entre otros, Pedro Henríquez Ureña, Salazar podía correr la misma suerte que Almagro Sanmartín, quien fue estigmatizado y alienado tanto por las izquierdas como por las derechas, debido a su identidad sexual. Ése era un riesgo que el musicólogo no estaba dispuesto a correr. Como le escribió a Salinas:

iiiY Henríquez Ureña, que me había escrito diciendo que fuese allá [a Buenos Aires] y que me proporcionaría un par de artículos mensuales en *La Nación*, con lo cual podría sacar lo suficiente!!! Qué cosas raras; pero me alegro de no tomar decisiones rápidas ni aun en momentos tan acuciantes como los que he estado pasando.<sup>40</sup>

El miedo a tomar decisiones precipitadas de las que luego pudiera arrepentirse pudo haber motivado la postergación del viaje de Salazar a México, que no emprendería sino hasta marzo de 1939. Esa época, para el musicólogo, estuvo marcada por la incertidumbre respecto a las condiciones materiales que tendría su vida en la ciudad de México: “¿Cómo se vive? –le preguntaba, ansioso, al musicólogo Jesús Bal y Gay, que ya se había incorporado a La Casa de España– ¿Cada cual en su casa o en casas de huéspedes? ¿Hay silencio y soledad para trabajar a gusto? ¿Hay bibliotecas con obras de referencia?”<sup>41</sup> Y a estas preocupaciones debió sumarse una más acuciante, que no se atrevió a formular a su colega: ¿cómo sería recibido en el país de los “machos” una figura pública a la que, como a Salazar, “se le veía el plumero”? ¿Podría reconstruir un círculo social semejante al que tenía

38. Carta de Adolfo Salazar, en *Epistolario*, 352. Aquí encontramos una probable referencia a la notoria amistad que existía entre Almagro Sanmartín y Luis Fernando de Orleans y Borbón, nieto de la reina Isabel II e infante de España, cuya escandalosa vida sexual le granjeó el apodo de “Rey de los Maricas”.

39. Carta de Adolfo Salazar, en *Epistolario*, 352. Ernesto Giménez Caballero (1899–1988) fue un escritor y diplomático de ideología ultraconservadora.

40. Carta de Adolfo Salazar, en *Epistolario*, 352.

41. Carta de Adolfo Salazar, en *Epistolario*, 373.

en Madrid, donde su identidad sexual fuera tolerada, o sufriría una situación de ostracismo como la que Almagro Sanmartín padecía en Argentina?

Hay que considerar que hasta ese momento (noviembre de 1938) ninguno de los miembros de la red de sociabilidad homosexual a la que Salazar había pertenecido antes de la guerra había llegado a México. Prados y Gil-Albert no arribarían sino hasta 1939; De Molina, como veremos más adelante, tendría una corta y poco afortunada estancia en el país entre 1945 y 1946; y Cernuda no se instalaría definitivamente en México sino hasta 1952 –de modo que el musicólogo fue una suerte de pionero del éxodo de homosexuales españoles a la capital mexicana–. Sus temores respecto a la forma en que sería recibido en esta ciudad eran, pues, perfectamente comprensibles.

Ni siquiera pudo confiarle esta preocupación a quien hubiera debido ser su principal informante sobre la circunstancia mexicana: su viejo amigo Alfonso Reyes (1889–1959). Y es que, como Salazar probablemente sabía, el “regiomontano universal” participaba (o había participado) de la homofobia propia de su época. “Hay entre [los jóvenes] mucha mariconería, enfermedad nueva aquí, y eso me aleja de muchos y me hace sufrir, pues no soy tan escéptico e indiferente como yo mismo me lo figuraba”, escribió Reyes a su amigo Antonio G. Solalinde, a su regreso a México en 1924 tras una estancia en España.<sup>42</sup>

El camino seguido por De Molina fue muy distinto. Sin las conexiones internacionales de las que disponían personajes como Salazar o Cernuda, el cantante no contempló siquiera la posibilidad de abandonar España tras la caída de la República. La noche del 10 de octubre de 1939, al salir del Teatro Pavón de Madrid donde daba funciones, el cantante fue secuestrado y torturado brutalmente durante horas. Lo raparon y le hicieron beber entera una botella de aceite de ricino. “Pero, ¿por qué? ¿por qué?”, preguntaba mientras lo golpeaban. “Por marica y por rojo”, le respondió uno de sus agresores. “Vamos a terminar con todos los maricones y los comunistas. ¡Uno por uno!”<sup>43</sup>

Fue este episodio de violencia física que convenció a De Molina a la necesidad de abandonar España. Después de tres años de vivir con miedo, en una semiclandestinidad, recibió una carta de la actriz y

42. Carlos Monsiváis, “Prólogo: el mundo soslayado”, en Salvador Novo, *La estatua de sal*, Colección Memorias Mexicanas (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994), 22.

43. De Molina, *Botín de guerra*, 138.

empresaria Lola Membrives, quien le decía que tenía un teatro en Buenos Aires y lo invitaba a presentarse en él. No se sabe cómo logró De Molina llegar a aquella ciudad en noviembre de 1942. Pero una vez ahí, en el Teatro Cómico de Buenos Aires, montó un extravagante espectáculo de coplas y bailes españoles que tuvo, según sus memorias, un éxito descomunal.<sup>44</sup>

Durante su estancia en la capital argentina, el malagueño conoció a un personaje que resultaría de gran importancia para su trayectoria profesional en México: el cantante mexicano Pedro Vargas. Al parecer, éste no sólo sugirió a De Molina que llevara su espectáculo a la ciudad de México sino que, además, lo puso en contacto –por vía epistolar– con la persona que podría llevar este proyecto a la práctica. Se trataba del empresario Vicente Miranda, dueño del mítico cabaré El Patio, donde a la sazón se presentaban las mayores estrellas de la canción popular de toda América Latina.<sup>45</sup>

En junio del año siguiente, un golpe de Estado conocido como la Revolución del '43 llevó al gobierno de Argentina a una dictadura militar, casi tan conservadora e intolerante como la de Francisco Franco, y con estrechos lazos diplomáticos con ésta. Con sorprendente rapidez, De Molina fue arrestado por agentes del nuevo régimen, llevado a la Cárcel de Contraventores de Puerto Ventura y deportado de regreso a España.

Deprimido, imposibilitado de trabajar en España y en Argentina, pero siempre seguro de su propio talento, De Molina enfocó todos sus esfuerzos en buscar un escenario diferente para exhibir su arte. Finalmente, un día de otoño de 1945, recibió el esperado cable de Miranda, quien le ofrecía un contrato para trabajar en El Patio, asumiendo todos los costos del viaje. Sin pensarlo dos veces, aceptó la generosa oferta y se lanzó a esta nueva aventura.<sup>46</sup>

### La ciudad de México

Salazar desembarcó en el puerto de Veracruz el 9 de febrero de 1939. La acogida que se le dio en los medios culturales de la ciudad de México fue bastante cálida. Como sin duda tuvo ocasión de comprobar, la apreciación de Reyes era correcta: había entre los jóvenes intelectuales de la capital “muchísima mariconería”. De acuerdo

44. De Molina, 180–88.

45. El Patio Andaluz, más conocido simplemente como “El Patio”, estaba ubicado en la calle de Atenas n.º 9, en la colonia Juárez. En los años cuarenta era el centro nocturno más glamuroso de la ciudad. Aunque en las décadas siguientes su prestigio fue decayendo gradualmente, continuó abierto durante el resto del siglo XX.

46. De Molina, *Botín de guerra*, 208.



con Carlos Monsiváis, en el México posrevolucionario había varios hombres públicos que “asumen su disidencia sexual con la discreción y la tranquilidad posibles”.<sup>47</sup> políticos como Luis Montes de Oca y Genaro Estrada; poetas como Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer y Elías Nandino; pintores como Roberto Montenegro, Manuel Rodríguez Lozano, Juan Soriano y Agustín Lazo; actores como Ramón Novarro; cantantes como José Mújica; y hasta compositores populares como Gabriel Ruiz y Pepe Guízar. Ahora bien, de todos los personajes que integraban las intrincadas redes de sociabilidad homosexual en la ciudad de México, el más agresivo en la forma de exhibir su identidad sexual y de “mostrar el plumero” era el poeta, cronista y dramaturgo Salvador Novo (1904–74), a quien me referiré más adelante.

Se puede suponer, aunque no afirmar con certeza, que Salazar, quien desde años atrás había establecido contactos estrechos con la comunidad artística e intelectual mexicana,<sup>48</sup> tuviera alguna noticia de la posición que ocupaban los homosexuales en la vida pública mexicana. Es posible también que esta información haya tenido algún peso –quizá fundamental– en su decisión de establecerse en la ciudad de México. Como ha demostrado Nathaly Rodríguez, la vivencia del homoerotismo masculino en la ciudad de México durante el periodo posrevolucionario fue configurada por la represión a cuentagotas y por la acción de los sujetos de este deseo frente a tal situación.<sup>49</sup> Desde la Independencia, ningún código penal mexicano tipificaba las relaciones sexuales voluntarias entre personas adultas del mismo sexo como un delito. Sin embargo, como señala Rodríguez, la ambigüedad de ciertas cláusulas de los Códigos de Policía de la ciudad de México –en los que no se daba una definición precisa de términos como “malviviente”, “inconveniente en la vía pública”, o “vago” y “malentretenido”– se convirtió en el respaldo de las acciones emprendidas por los gendarmes en contra de aquellos varones conocidos por sus prácticas homoeróticas, o bien, contra quienes ostentaban en el espacio público ciertos arreglos corporales que trasgredían las normas de género. En consecuencia, el castigo a “la heterodoxia sexual masculina” se propinaba en forma

47. Monsiváis, “Prólogo”, 13.

48. La amistad que unía a Salazar con varios personajes de la comunidad artística mexicana queda de manifiesto en las cartas que, desde La Habana, dirigió al escritor Reyes (a quien conocía desde la época en que éste vivió en Madrid, entre 1914 y 1924) y al compositor Carlos Chávez.

49. Nathaly Rodríguez Sánchez, “Los afeminados y otros heterodoxos: una historia social del homoerotismo masculino en la Ciudad de México, desde la posrevolución a la segunda posguerra” (tesis doctoral, El Colegio de México, 2016).

de una detención de pocos días en la Cárcel del Carmen o de una multa más o menos onerosa.<sup>50</sup>

Por otro lado, Rodríguez es muy clara al señalar que quienes tenían mayores recursos económicos y culturales intentaron –por lo general con éxito– proveerse de ciertos medios y lugares para “blindar su experiencia en la heterodoxia” y evitar los riesgos de la represión policial.<sup>51</sup> Tal sería el caso de intelectuales reconocidos y artistas famosos como lo eran Salazar y De Molina.

Cuando se dio a conocer el proyecto de recibir a los republicanos exiliados, fueron muchos los intelectuales mexicanos que se sintieron ofendidos por el trato que se estaba dando a este grupo de españoles, que se veía como injustificadamente preferencial en contraste con las condiciones, menos favorables, que el gobierno ofrecía a los escritores mexicanos. Según Anthony Stanton, Novo, por su “acendrado antihispanismo” y su “no menos recalcitrante anticardenismo”, era uno de los más radicales opositores a la empresa de Reyes y Daniel Cosío Villegas.<sup>52</sup> No obstante, estos sentimientos no opacaron la admiración que Novo sentía por varios de los artistas e intelectuales que integraron La Casa de España, incluido Salazar. En junio de 1939, Novo escribió en la revista *Hoy* una columna en la que defendía vehementemente a La Casa y a sus miembros de las críticas ultranacionalistas que se alzaban en su contra:

Un Juan de la Encina, un Adolfo Salazar, un José Gaos, un Lafora, un Díez Canedo, honran a cualquier instituto o universidad de cualquier parte del mundo en que den una conferencia o cátedra, y los Estados Unidos o la Argentina estarían muy contentos de pagarles buenos dólares por incluirlos en su profesorado. Si en estas condiciones han preferido aceptar la invitación de México, existen razones sentimentales y raciales que lo explican, y por nuestra parte deberían existir razones de criterio o de hidalguía que lo agradecieran.<sup>53</sup>

Es difícil saber si la opinión que Novo manifiesta por el musicólogo en este párrafo hubiera mejorado tras haberlo conocido personalmente. En todo caso, podemos asegurar que, para 1945, Salazar se había convertido en un personaje importante, real o simbólicamente, en la vida de Novo. Así lo indica un sueño que éste último tuvo, el cual narró y analizó, con sorprendente candor, en su

50. Rodríguez Sánchez, 201–2.

51. Rodríguez Sánchez, 203.

52. Anthony Stanton, “*Textos y Pretextos* de Xavier Villaurrutia”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, coord. por James Valender y Gabriel Rojo (México: El Colegio de México, 2010), 483.

53. Salvador Novo, “Los viajes ilustran”, *Hoy* (ciudad de México), 17 de junio de 1939.

columna semanal: “Me hallaba en la antesala de una cárcel, y hablaba con Adolfo Salazar. [...] Adolfo decía que de aquella cárcel, no saldría sino, por una especie de lotería, a fines de este año, o, si no, hasta 1960; o si no, hasta el año 2040”.<sup>54</sup>

Si el sueño en sí mismo es revelador, lo es más la interpretación que el propio Novo hace de él. Según explica de forma deliberadamente oscura, en esa época se hallaba en una relación romántica con un personaje cuyo nombre permanece oculto. Dicha relación, inusualmente estable en la biografía amorosa de Novo, le provocaba a éste sentimientos encontrados de satisfacción y ansiedad a los que se refiere como su “neuropática fijación monogámica”.<sup>55</sup> Por ello, la tarde de un sábado, cuando debía encontrarse con su amante, inventó algún pretexto para faltar a la cita y fue a buscar, en cambio, un encuentro sexual con otra persona, la cual también permanece anónima. La aventura no llegó a consumarse, según confiesa Novo, a causa de “un anquilosamiento, de una falta de práctica, que no aumenta de valor aunque se vista de fidelidad”.<sup>56</sup> En todo caso, su intento fallido de infidelidad produjo en él fuertes sentimientos de culpa y un deseo, más o menos consciente, de autocastigo. En las noches siguientes, el estado de ánimo de Novo, según su propia interpretación, fue la causa directa de varias pesadillas sobre cárceles y manicomios, como la narrada en el párrafo citado.

De particular interés para el tema de este ensayo resulta la explicación que ofrece Novo sobre el significado del sueño: “Adolfo [representa] la situación, *análoga a la mía actual*, en que le conocí en México”.<sup>57</sup> El uso del nombre de pila del musicólogo sugiere una relación de amistad entre él y el columnista. Cabe preguntarse, además, ¿en qué situación conoció Novo a Salazar y por qué el primero la consideraba “análoga” a la que él mismo estaba viviendo en ese momento? ¿Acaso el español se había encontrado en un dilema romántico/sexual parecido al que experimentaba el mexicano? ¿O bien, el encuentro ocurrió en un espacio de sociabilidad homosexual similar al que sirvió de escenario para “el frustrado escape” de Novo? Él no lo dice y nosotros no podemos imaginarlo. Lo único que parece claro es que el primer encuentro entre ambos escritores debió haber ocurrido en la ciudad de México, en circunstancias “equivocas” (eufemismo muy usado en la época para designar

54. Salvador Novo, “El diario de Salvador Novo”, *Mañana* (ciudad de México), 31 de marzo de 1945.

55. Novo, “El diario”.

56. Novo, “El diario”.

57. Novo, “El diario”. Las cursivas son mías.

cualquier comportamiento distinto al heterosexual). La sospechosa ausencia de referencias personales a Salazar en las crónicas de Novo y de cartas de Novo en el archivo de Salazar no hace sino reforzar la conjetura de que la relación entre ambos tuvo siempre un elemento de misterio y clandestinidad.

Si he centrado mi atención en la probable relación de amistad o complicidad entre Salazar y Novo es porque puede ser un indicio útil, aunque no definitivo, para entender la inserción del exiliado en una red de sociabilidad basada en el sentimiento común de disidencia sexual. Es muy poco lo que sabemos de la trayectoria sentimental de Salazar en México (y mucho menos de su vida sexual). Las fuentes disponibles no nos permiten especular al respecto. Lo que es incuestionable es que ni la nostalgia, ni los remordimientos, ni el dolor que sentía por la pérdida de su antigua vida –particularmente intensos después de la muerte de su madre, en 1940– significaron una disminución de su actividad creativa. Por el contrario, en los siguientes años escribió cerca de dos docenas de libros e incontables artículos y columnas que aparecieron en las páginas de varios periódicos y revistas culturales de la ciudad de México durante los casi veinte años en que Salazar vivió en el país.

El caso de De Molina, como ya señalé, es diametralmente opuesto. Éste llegó a la capital mexicana en noviembre de 1945, casi siete años después que Salazar. “Lo mío con México fue un amor a primera vista”, escribió.<sup>58</sup> Es posible que así fuera, pero no fue un amor correspondido, o no completamente. Durante los primeros meses de la estancia del malagueño en la ciudad, muchos mexicanos que lo trataron personalmente lo encontraron más bien antipático. Novo, que conoció al bailarín en casa de la actriz Dolores del Río, relató así su primera impresión de él:

He de confesar que no me simpatizó. [...] Este señor con los ojos entornados y el pelo lleno de vaselina, que hallaba idiotas a los criados indios que le sirven, y que encontraba horribles los platillos mexicanos con que sus anticipados admiradores trataban de agasajarlo [...] me caía gordo.<sup>59</sup>

Parte del problema se debía a que De Molina –a diferencia de otros inmigrantes– no pudo o no quiso incorporarse a ninguno de los circuitos de sociabilidad del país receptor. La mayoría de las personas con las que trabó amistad durante su estancia en la ciudad de México eran extranjeros que sólo estaban de paso en el país, como la cantante franco-argelina Fernanda Montell o el famoso matador

58. De Molina, *Botín de guerra*, 209.

59. Salvador Novo, “El diario de Salvador Novo”, *Mañana*, 9 de marzo de 1946.

cordobés Manuel Rodríguez “Manolete”. Esta actitud hirió el orgullo nacional de muchos que –como Novo– atribuyeron la actitud del español a un profundo desprecio hacia todo lo mexicano. Esto privó a De Molina de potenciales amigos y aliados que pudieron haber desempeñado un papel clave en los acontecimientos posteriores.

Para comienzos del año 1946, la imagen de “divo” arrogante, vanidoso y excéntrico que se iba construyendo en torno a De Molina no había tenido todavía consecuencias negativas. Por el contrario, es probable que haya contribuido a aumentar la curiosidad del público respecto a su persona. Lo cierto es que sus actuaciones en El Patio resultaron sumamente exitosas. Si hemos de creer a sus memorias, pocas veces se había presentado en la célebre boíte de Miranda un espectáculo que fuera ovacionado con tanto entusiasmo como el suyo. Según De Molina, el empresario estaba verdaderamente “enloquecido” por el éxito: le dijo que tenían que montar un espectáculo a todo lo grande, y que para eso “conseguiría el mejor teatro de México”.<sup>60</sup> Así, en febrero de 1946 se anunció que, a partir de los primeros días del siguiente mes, el fastuoso espectáculo llamado “Galas Españolas”, dirigido y estelarizado por De Molina – y acompañado de un ejército de cantantes y bailarines– se presentaría en el lujoso Teatro Esperanza Iris. La noticia cayó como una bomba en el medio de la farándula mexicana por las razones que explicaré a continuación.

En 1945, un grupo de actores, directores, guionistas y fotógrafos afiliados al Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica (STIC) denunciaron lo que ellos consideraban las prácticas autoritarias y corruptas de su secretario general, Salvador Carrillo, y optaron por escindirse del STIC y fundar un nuevo sindicato. Pero la separación no iba a ocurrir de forma pacífica. En un momento particularmente álgido de las negociaciones, Carrillo (quien había sido boxeador) le dio un puñetazo en la cara a Gabriel Figueroa, rompiéndole los huesos del pómulo. El golpe asestado al famoso fotógrafo empeoró la reputación, de por sí mala, del líder sindical y cerró cualquier posibilidad de reconciliación entre las facciones en pugna.

En septiembre, el presidente Ávila Camacho dio el reconocimiento oficial a la nueva organización, que se llamó Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica de la República Mexicana (STPC). Mario Moreno “Cantinflas” fue electo secretario general, el célebre actor y cantante Jorge Negrete secretario de

60. De Molina, *Botín de guerra*, 211–12.

conflictos y Gabriel Figueroa secretario del trabajo. Además se delimitaron los ámbitos de acción entre este nuevo sindicato y el STIC: mientras que el primero se ocuparía de la producción de las películas, el segundo se encargaría de su distribución y exhibición, así como de la producción de noticieros. Aun así, esto no resolvió el conflicto: el STIC inició un boicot contra sus antiguos afiliados para impedir que sus cintas fueran proyectadas en los cines que controlaba, que eran casi todos los de la República.

El punto más sensible de esta encarnizada batalla fue, probablemente, el Teatro Esperanza Iris, el foro más grande y prestigioso de la ciudad de México después del Palacio de Bellas Artes. Y es que, además de representarse ahí funciones de teatro y revista musical, con frecuencia se proyectaban películas, lo cual colocaba al Iris en el ámbito de acción del STIC y, por lo tanto, quedaba vedado para artistas como Negrete o Cantinflas. Por ello, el anuncio de que De Molina iba a montar su espectáculo precisamente en ese escenario fue tomado por varios miembros de la organización de artistas como una afrenta imperdonable al gremio.

La mañana del 8 de marzo, el día programado para el debut, apareció en varios periódicos un desplegado de media plana firmado por los dirigentes del STPC –Moreno, Negrete y Figueroa– encabezado con las palabras, “¡YA ESTÁ BIEN DE BURLAS!” El comunicado empezaba recordando al público la lucha que los artistas cinematográficos y teatrales venían sosteniendo, desde hacía más de un año, “en pro de la dignidad, de la honradez y del prestigio de los trabajadores en México”, una lucha en la que los habían apoyado “todos los sectores sanos del pueblo de nuestro país”. Después continuaba:

Ahora se abre un nuevo capítulo y es desgraciadamente un bailarín extranjero quien viene a burlarse de nuestra causa y a servir de instrumento ofensivo en contra de los nuestros y en favor de los dictadores del STIC. Se trata de MIGUEL DE MOLINA, el farsante danzarín expulsado vergonzosamente de la República Argentina, por causas penosas, no por ideas políticas, quien ahora pretende pisotear los derechos de los trabajadores auténticos de México, traicionándolos cobardemente y burlándolos al ocupar con su arte híbrido un escenario que está vedado para los artistas nacionales que no han hecho causa común con los nefastos líderes del STIC.<sup>61</sup>

El comunicado terminaba exhortando al público mexicano a no asistir al Teatro Iris, donde iba a consumarse la “bochornosa burla” y a no hacerse cómplice de la afrenta. Llamaban la atención las referencias, bastante explícitas, a la sexualidad del “farsante bailarín

61. *El Nacional* (ciudad de México), 8 de marzo de 1946.

español”. A eso se referían con “las causas penosas” por las que había sido expulsado de Argentina. También el adjetivo “híbrido”, con que calificaban el arte de De Molina, era una alusión directa a su característico afeminamiento.

Previendo un desenlace violento, el STIC situó en la sala del teatro a varios de sus matones. Por su parte, el propio presidente de la República, preocupado por mantener el orden público, pidió a los miembros del STPC que no emplearan la fuerza para evitar el espectáculo del cantautor. Además, mandó llenar de policías los alrededores del teatro para sofocar cualquier posible desorden. En este ambiente tenso ocurrió la esperada y temida presentación. Al levantarse el telón del segundo acto, justo antes de que De Molina comenzara a cantar, un hombre se puso de pie en medio del patio de butacas y empezó a gritar. Aunque había cientos de personas presentes (o quizá precisamente por eso), no se sabe a ciencia cierta qué era lo que gritaba. “¡Traidor!” dicen algunos. “¡Maricón!” afirman otros. “¡En México nomás cantan los hombres! ¡Lárgate!”<sup>62</sup> De lo que no hay duda es de la identidad del alborotador: se trataba ni más ni menos que del celeberrimo cómico Cantinflas.

Algunos miembros de la audiencia abuchearon o silbaron, otros pidieron silencio. Los matones del STIC se llevaron la mano a la pistola que llevaban al cinto. Sin embargo, no hubo necesidad de desenfundar. Antes de que la situación pasara a mayores, el personal de seguridad del teatro sacó a Cantinflas del recinto. Sin perder la compostura, De Molina dijo, citando la famosa frase de fray Luis de León: “Como decíamos ayer” y, haciendo una señal al director de orquesta, volvió a empezar la copla. La función continuó sin mayores incidentes.<sup>63</sup>

Al día siguiente, el Sindicato de la Producción publicó un nuevo desplegado en el que exigía a las autoridades que cancelaran el espectáculo de De Molina, a quien llamaban “extranjero sin escrúpulos” y acusaban de haberse desentendido de sus más elementales deberes como artista, “ya que *como hombre* no puede tenerlos”.<sup>64</sup> Al mismo tiempo, Negrete mandó un escrito al secretario de gobernación (que fue reproducido por la prensa), exigiendo la expulsión inmediata del “extranjero indeseable”. Una vez más, se aludía a su expulsión de Argentina “por sus punibles actos ofensivos

62. Carlos Monsiváis, “Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del ghetto”, *Debate feminista* 13, n.º 26 (2002): 105.

63. Véase Juan de Montán, “Teatros”, *Mañana*, 16 de marzo de 1946.

64. *El Nacional*, 9 de marzo de 1946. Las cursivas son mías.

a la moral y su actitud francamente antirrevolucionaria”.<sup>65</sup> Resulta interesante la asociación directa que Negrete establece, con estas palabras, entre la “actitud antirrevolucionaria” y la desviación de la masculinidad heterosexual, por la que De Molina había sido deportado de Argentina y por la que también debía ser expulsado de México. Conforme avanzaba la temporada, las agresiones contra el español siguieron aumentando. También se acentuó el discurso homofóbico y misógino, alcanzando una virulencia inusual en el tolerante ambiente artístico de la ciudad.

Como lo ha explicado Robert McKee Irwin, después de la Revolución, “la virilidad se volvió metonimia de la mexicanidad”, lo cual condujo, según este autor, a una homofobia a menudo estridente.<sup>66</sup> Sin embargo, como sugiere la centralidad de la que gozaban varios intelectuales y políticos homosexuales en la vida pública mexicana, el mayor signo de la llamada “actitud antirrevolucionaria” no era tanto la orientación sexual diversa de los varones, como el *afeminamiento* de los mismos. Estrictamente hablando, la fuente de esta ansiedad no eran los deseos eróticos ni las prácticas íntimas sino la trasgresión pública de las normas de género (delito del cual De Molina era, sin duda, culpable).

El propio Novo –quien, como señalé, no simpatizaba con Molina– condenó enérgicamente estas expresiones de Cantinflas y Negrete, posiblemente porque le disgustaba, por razones obvias, cualquier expresión de intolerancia hacia la sexualidad no tradicional. Novo consideró particularmente deplorable que se hiciera pública la forma en que se había echado a De Molina de Buenos Aires.<sup>67</sup> Curiosamente, a partir de ese momento, las opiniones que Novo expresó en su columna semanal sobre De Molina se fueron haciendo cada vez más benévolas, al tiempo que ocurría exactamente lo contrario con el resto de la opinión pública.

Si, antes del espectáculo en el Teatro Iris, el tono de las críticas dirigidas contra el malagueño era de una ironía sutil, después se fue transformando en una burla abierta enfocada en la ambigüedad de género del personaje. Por ejemplo, la sección “Puntos suspensivos” de la revista *Jueves de Excélsior*, que se componía de breves epigramas humorísticos sobre diversos temas de actualidad, incluyó la siguiente frase: “Miguel de Molina, el bailarín y recitador del canto es fino como una dama. ¡También usa faja elástica con largos tirantes

65. *El Nacional*, 13 de marzo de 1946.

66. Robert McKee Irwin, *Mexican Masculinities* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003), 152.

67. Novo, “El diario”, 9 de marzo de 1946.



para los calcetines!”<sup>68</sup> Llama la atención la ausencia de alusiones en la prensa a las relaciones sexuales o románticas que el bailarín sostenía con otros hombres, aunque éstas difícilmente hubieran podido mantenerse en secreto. Cabe señalar, por otro lado, que las críticas al afeminado andaluz se mantuvieron, casi siempre, en clave de burla, sin que hubiera en ellas un intento “moralizador” serio.

En cualquier caso, la campaña de desprestigio logró su cometido. Después de apenas cuatro semanas, el espectáculo “Galas de España” fue retirado del escenario del Iris. Fue un gran triunfo simbólico para los artistas del STPC, pero no resolvió su conflicto con el STIC. En cuanto a Miguel de Molina, siguió siendo objeto de burlas, caricaturas y chistes por parte de la prensa periódica de la ciudad, casi siempre referidos a su identidad sexual. Pudo montar varias funciones aisladas, más o menos exitosas, en distintos escenarios, pero nada similar al grandioso espectáculo que había montado para el Iris.

En agosto de 1945, De Molina emprendió de nuevo el camino del exilio. Después de pasar por Cuba, Colombia, Venezuela, Brasil y Uruguay, finalmente volvió a Argentina. Esta vez, su estancia en ese país sería más exitosa –y mucho más duradera– que la de 1943. La clave de su éxito se debió, sobre todo, a la amistad y al apoyo de la Primera Dama, Eva Duarte de Perón, a quien había conocido en su primera visita al país. De Molina siguió viviendo y actuando en Argentina hasta su muerte, ocurrida en 1993.

### Conclusiones

El objetivo de este ensayo ha sido sugerir una línea análisis para enriquecer la experiencia de algunos refugiados españoles en México que hasta ahora ha recibido escasa atención, a saber, su identidad sexual, una dimensión que considero central para comprender las diversas facetas de la experiencia del exilio. No he pretendido descubrir datos novedosos sobre la biografía de estos personajes, sino proponer nuevos caminos para su interpretación, planteando así nuevas preguntas para abordar tanto el estudio del exilio español como la historia de la sexualidad en México. Esta perspectiva arroja luz sobre a la forma en que la identidad sexual de estos personajes, entendida como una condición cultural, moldeó sus respectivas experiencias antes, durante y después de su arribo en México.

68. *Jueves de Excelsior* (ciudad de México), 14 de marzo de 1946.

Como he mostrado, difícilmente podrían concebirse dos caracteres más distintos entre sí como los de Salazar y De Molina. El primero era culto, prudente y discreto; el segundo, escandaloso, impulsivo y apasionado. Uno disertaba sobre música y literatura con los intelectuales y eruditos más eminentes del mundo; el otro cautivaba al público por el estilo fascinante y provocador con el que interpretaba las coplas de moda. Sin embargo, ambos tenían en común la trasgresión que cometían de forma pública y constante contra la moral sexual y el modelo de masculinidad dominante en su época, circunstancia que los obligó a abandonar España tras el triunfo del franquismo y a buscar otros espacios donde desarrollar sus respectivas actividades profesionales. Tanto Salazar como De Molina, además, eligieron como destino la ciudad de México.

Según he explicado en este ensayo, el resultado de esta elección fue muy distinto para uno y otro personaje. Mientras Salazar pudo desarrollar una carrera larga y fructífera en la capital mexicana, publicando libros, trabajando en diversas instituciones académicas y colaborando con numerosos periódicos y revistas del país, De Molina, tras sólo unos meses de estancia en la ciudad, se vio envuelto en un conflicto sindical, fue víctima de una agresiva campaña de desprestigio de tintes claramente homofóbicos y tuvo que dejar el país. Como he argumentado en otra parte,<sup>69</sup> la incapacidad del malagueño para insertarse en una red de sociabilidad que pudiera apoyarlo y protegerlo lo hizo particularmente vulnerable a los ataques lanzados en su contra. Ésta fue una situación que Salazar –quien era querido y respetado por buena parte de la élite intelectual mexicana– nunca padeció.

Si bien la vida sexual de Salazar no fue un tema que se discutiera en los medios de comunicación mexicanos, el notorio afeminamiento de De Molina hizo que varias de las voces que conformaban la opinión pública hicieran explícitas sus opiniones y sus ansiedades respecto a las normas que marcaban las formas aceptables de sexualidad y de género en el México posrevolucionario. Así, revisar las trayectorias de personajes como éste y los debates que suscitaron en la prensa de la ciudad de México nos brinda una visión más completa y compleja sobre las ideas que circulaban en torno a la sexualidad en ese importante momento histórico.

69. Luis de Pablo Hammeken, “Coplas, sindicatos y homofobia: la estancia de Miguel de Molina en México (1945–1946)”, *Navegando* 6 (octubre de 2017): 79–90.